

léase la *Pentecostés*, de Manzoni, y se verá lo que es tratar poéticamente el inefable tema de la venida del Espíritu Santo.

Con ser Ortega ingenio de mediano vuelo, todavía valió en él más el poeta político que el poeta religioso. Su oda *Aniversario de Tampico*, nos parece superior al tan ponderado canto de Joaquín del Castillo y Lanzas (1), *Á la victoria de Tamaulipas*, poesía kilométrica,

(1) Don Joaquín María del Castillo y Lanzas nació en Jalapa el 11 de Noviembre de 1781, y falleció en 16 de Julio de 1878. Fué diplomático, hombre político y periodista. Representó á su país en Inglaterra y en los Estados Unidos. Sus poesías, con el título de *Ocios juveniles*, se imprimieron en Filadelfia en 1835. Hay entre ellas algunas tradiciones de poetas ingleses (Byron, Mrs. Hemans.....). Gutiérrez reprodujo en la *América poética* algunas poesías de Castillo, entre ellas el *Canto de Tamaulipas*.

El pasaje más notable del Canto de Tamaulipas, siquiera como descripción animada y progresiva, me parece el siguiente, ya muy próximo al final:

Reina la noche, y el silencio reina,
Y osténtase serena
La faz del cielo, mas doquier cargada
De míseros despojos la ribera,
En que se estrella fiera
Con ronco son la mar.

La voz es dada.
Y marchan, y se acercan, y al asalto
Se arrojan denodados: la estacada
Del erguido fortín atrincherado,
Y de tonantes bocas coronado,
Salvan con gran valor: el foso pasan
Con ímpetu veloce, presentando
Cual fuerte muro el pecho generoso.
Regido por la mano del encono
Abre el cañón ibero, retumbando,
Larga calle en las filas que se cierran,
Y de nuevo otras se abre, que cual antes
Se cierran sin tardar, y no se aterran
Los libres al horror, si más pujantes
Avanzan, con intrépida firmeza,
Y ya con los contrarios brazo á brazo
La lid, el campo, el suelo en cruel porfia,
Disputan á la vez; y de humo envuelto
En densa niebla sube el grito insano
De lúgubre agonía.
Vuela activa la muerte. Un hondo lago

que tiene mucho de Gaceta en verso, y que en sus mejores pasajes no pasa de imitación harto servil del *Canto á la victoria de Junín*, resultando Castillo tan inferior á Olmedo, como inferiores eran los generales Santa Ana y Terán, que disiparon la descabellada intentona de Barradas, á aquel rayo de la guerra que se llamó Simón Bolívar, fundador de cinco naciones desde las bocas del Orinoco hasta el Potosí argentífero.

El presbítero D. Anastasio de Ochoa y Acuña, es, aunque del mismo tiempo y escuela, poeta de muy diversa índole que los anteriores. Había pertenecido á la *Arcadia Mexicana*, y ya en 1806 se insertaban versos suyos en el *Diario de México* al lado de los del P. Navarrete. Era por su educación poeta del siglo XVIII y no del XIX, ni aun en aquello poquísimo que los cantores de la guerra de la Independencia podían tener de innovadores, innovación que en último resultado consistía en sustituir la imitación de Meléndez por la de Quintana ó Gallego. La poesía festiva parece haber sido el género predilecto de Ochoa, y sus modelos Iglesias en las letrillas y en los epigramas, Tomé de Burguillos, ó séase Lope de Vega, en los sonetos jocosos. Pondérase mucho el gracejo de los versos de Ochoa, pero debe de tener algo de local y transitorio, porque no

Forma en raudal la sangre; y foso, y río,
Y mar en ella tintos
De aquel choque postrero muestran cuánta
Es la tremenda furia: allí hacinado
Un cuerpo sobre el otro cuerpo frío
De los que sucumbieron, se levanta
Sangriento valladar que es derribado,
Y flotan sus reliquias lamentables,
Sobre las aguas, lentas se moviendo.

Hay aquí talento de narración histórica, pero no sé si de narración poética. Compárese Olmedo.

hemos acertado á percibirle, ni comprendemos la razón de las estrepitosas carcajadas que su lectura arranca á algunos críticos mexicanos, que llegan á compararle con Góngora y Quevedo. Para nosotros, Ochoa vale principalmente como humanista, y su mejor lauro será siempre su bella traducción de *Las Heroídas de Ovidio* en romance endecasílabo, muy exacta, y á veces muy poética, con cierto suave abandono de estilo que remeda bien la manera blanda y muelle del original, y resulta agradable cuando la fluidez no degenera en desaliño (1).

Mientras estos poetas y otros más oscuros y medianos conservaban en la lírica las tradiciones del siglo XVIII, habíase dado á conocer en los teatros de Madrid un poeta de verdadero talento cómico, y que sólo ó casi sólo llena en la historia de nuestra escena el período in-

(1) Al Sr. D. Francisco Sosa, diligente biógrafo de los mexicanos ilustres, debemos un ejemplar de esta versión, que en México mismo es rara y poco conocida aunque tan estimable. (*Las Heroídas de Ovidio, traducidas por un mexicano*. México, imprenta de Galván, 1828, 2 tomos en 8.º) Hizo Ochoa otras muchas traducciones, algunas de las cuales no llegaron á imprimirse, como la de algunos cantos del *Telèmaco* en octavas reales, la del *Bayaceto*, de Racine, la de la *Virginia de Alfieri*, la de la *Penèlope*, tragedia latina del P. Andrés Fritz, jesuita. Arregló la *Eugenia*, comedia de Beaumarchais, y escribió dos comedias originales, que tampoco sabemos que se hayan impreso ni representado, aunque sí una tragedia titulada *Don Alfonso*. Citase también como suya una versión de *El Facistol ó Lutrin*, de Boileau; y otras de las elegías latinas del P. Remond, de algunos fragmentos del poema del P. Abad, están en la colección general de sus versos, que con el título de *Poesías de un mexicano* se publicaron en Nueva York, en 1828 (2 tomos en 8.º).

Nació D. Anastasio de Ochoa en Huichapán, el 27 de Abril de 1783, y murió en Querétaro, de donde era párroco, en 4 de Agosto de 1833. Su nombre arcádico fué *Antinio*, como el de Navarrete había sido *Anfriso*. Sus versos de burlas los firmó á veces con el anagrama de *Anastasio de Achoro*, y otras con el pseudónimo de *El Tuerto*.

termedio entre Moratín y Bretón, siendo en parte continuador del uno y en parte precursor del otro, sin dejar de tener fisonomía propia, aunque más débil y apagada que ellos. Don Manuel Eduardo de Gorostiza pertenece á México, no sólo por su nacimiento (1), sino también por su vida pública posterior á 1824, en que entró al servicio de su patria constituída ya en nación independiente, pero apenas pertenece por su literatura, puesto que con una sola excepción todas sus comedias fueron estrenadas en Madrid y escritas para un auditorio español, sin que en parte alguna se trasluzca la oriundez americana del poeta. Su patria le debió eminentes servicios, ya como diplomático, ya como reformador de la instrucción pública, ya como fundador de benéficos asilos, ya como militar que á los sesenta años resistió noble aun-

(1) Nació D. Manuel Eduardo de Gorostiza en Veracruz el 13 de Octubre de 1789, murió en Tacubaya el 23 de Octubre de 1851. El mejor estudio y la mejor biografía que conozco de él son los *Datos y apuntamientos*, de don José María Roa Bárcena, insertos en el tomo I de las *Memorias de la Academia Mexicana* (páginas 89 á 202). En México se publicó también, el año de la muerte de Gorostiza, una *Corona poética* en su honor con versos de varios poetas mexicanos y de los montañeses D. Anselmo de la Portilla y D. Emilio Rey. Las comedias de Gorostiza, representadas en España se imprimieron sueltas en Madrid por este orden: *Indulgencia para todos* (1818), *Las costumbres de antaño* (1819, refundida luego por el autor en México, 1833, para quitar los elogios á Fernando VII), *Tal para cual ó las mujeres y los hombres* (1820), *Don Dieguito* (1820), *El Jugador «imitada de la que escribió Regnard con el mismo título en francés»* (1820), *Contigo pan y cebolla* (1833). Hay dos colecciones: *Teatro original de M. Eduardo de Gorostiza* (París, Rosa, 1822: con dedicatoria del autor á Moratín), *Teatro escogido de.....* (Bruselas, Tarlier, 1825: se añade una comedia no conocida en España, *El Amigo íntimo*, imitación libre y muy chistosa de un *vaudeville* francés). Con el título de *Apéndice al Teatro Escogido de.....* se publicaron en París, 1826 (Rosa y Compañía), dos tomitos que contienen las refundiciones hechas por Gorostiza, de *Bien vengas mal si vienes solo*, de Calderón, y de *Lo que son mujeres*, de Rojas, con un prólogo interesante sobre el antiguo teatro español.

que desgraciadamente la invasión *yankee* en 1847; pero el Gorostiza plenipotenciario de la República en Londres, ministro de Hacienda y de Relaciones Exteriores, defensor de Churubusco, era ya persona muy distinta del Gorostiza orador de *La Fontana de Oro* y de los clubs patrióticos de Madrid en el periodo constitucional del 20 al 23, y aplaudidísimo autor dramático desde que en 1818 dió á las tablas su mejor comedia *Indulgencia para todos*. Su carrera dramática se había cerrado definitivamente en 1833 con otra linda comedia que desde Bruselas envió á Madrid, *Contigo pan y cebolla*. En México no sabemos que hiciera representar otra cosa que un arreglo ó imitación de la *Emilia Galotti*, de Lessing, que no llegó á imprimirse y que sería curioso cotejar con *Un duelo á muerte*, admirable drama en que García Gutiérrez hizo española la concepción del autor de la *Dramaturgia*.

No conocemos versos líricos de Gorostiza, salvo un lindo romance morisco que va en esta colección, y algún soneto político. Pero debió de hacer muchos en sus mocedades, porque la versificación de sus comedias, aunque diste mucho de ser intachable, indica la mano de un artífice ejercitado que gusta de luchar con las dificultades de la rima y que se complace en hacer alarde de su destreza técnica. Quizá la mayor novedad de su teatro, la que más le separa de Moratín, es no sólo el uso de la rima perfecta alternando con el romance octosilabo, sino el empleo de diversas combinaciones métricas que el clasicismo severo excluía de la comedia por incompatibles con el exacto remedo del lenguaje de la conversación. Las dos últimas comedias de Gorostiza están en prosa como *El café* y *El sí de las niñas*,

y son en el diálogo las más endebles de todas, porque la prosa no puede pasar en el teatro castellano sino á condición de ser perfecta, y Gorostiza distaba mucho de ser un clásico ni un hablista de primer orden. Su ingenio festivo y ameno, pero algo superficial, se luce más en el diálogo en verso, donde no sólo emplea redondillas, quintillas y décimas, sino en cierta ocasión un soneto, y en otra unas estancias de arte mayor en castellano antiguo. Hay cierta timidez en estos ensayos de rima perfecta, pero así ellos como otros que poco antes y poco después aventuraron en sus olvidadas comedias Enciso Castrillón, Burgos y algún otro, eran un paso, aunque incierto y débil, para el restablecimiento de la antigua libertad de las formas poéticas en el teatro, y prepararon el triunfo completo que en 1831 logró Bretón con su *Marcela*.

Por lo que toca á lo más sustancial del arte dramático, Gorostiza es poeta de segundo orden, aun dentro de su género y escuela, y está, respecto de Moratín, á la misma distancia próximamente á que está Regnard respecto de Molière. Pero todavía este lugar es muy honroso y supone condiciones positivas, aunque parezcan modestas. El principal mérito de Gorostiza, el que hace que sus comedias, en medio de la sencillez casi infantil de su estructura, agraden tanto leídas, y haría seguramente que agradasen bien representadas, está en la viveza y movimiento del diálogo, en la abundancia de sales cómicas, en una continua alegría inocente, bondadosa y comunicativa que por todas las venas de la composición circula, ahuyentando el mal humor y el tedio. No es Gorostiza ningún modelo de buen gusto, ni de buen tono, como ya advirtió Larra: fácilmente se resbala á

vulgarismos y chocarrerías, que son copia fiel del estilo usado en las tertulias madrileñas de la clase media de su tiempo: carece, por otro lado, de aquel inagotable tesoro de dicción castiza, familiar y picaresca con que Bretón realza los asuntos más triviales y da valor poético á las circunstancias más prosaicas y baladíes. Pero sin llegar á tanto, Gorostiza tiene una condición indispensable en el poeta cómico, la de *divertir*, que es precisamente lo que faltó á Burgos y á Martínez de la Rosa, y á Gil y Zárate y á los poquísimos que en el reinado de Fernando VII escribieron comedias, y que generalmente eran más literatos que Gorostiza. Pero compárese cualquiera obra de éste con *La Niña en casa y la madre en la máscara*, ó con *Los Celos infundados*, ó con *Los Tres iguales*, y se verá palpablemente la ventaja que les lleva el dramaturgo mexicano en algo que es esencial al arte cómico, aunque no sea lo más elevado y lo más difícil de él. Tuvo Martínez de la Rosa, como poeta cómico de la escuela de Moratín, cuantas condiciones pueden dar la reflexión y el estudio, pero le faltó la gracia, que por el contrario brota, sin esfuerzo, bajo la pluma de Gorostiza, así en sus comedias propiamente dichas, como en sus farsas y juguetes, *Las Costumbres de antaño*, *Tal para cual*.

Á esta condición une otra superior todavía: la observación exacta, aunque somera, de las costumbres; la experiencia propia y sazónada de la vida. Un período de nuestra historia social de principios de este siglo está en las comedias de Gorostiza, y sólo podemos lamentar que sean tan pocas. Es cierto que el autor no ahonda mucho, pero reproduce con fidelidad el aspecto exterior de las cosas, y algunas veces, como en su última comedia, pe-

netra más, y nos conserva, aunque en caricatura, un modo de sentir propio de la generación romántica, cuando el idealismo pareció invadir hasta el trato doméstico.

Flaquea, no obstante, Gorostiza en otros puntos todavía más capitales de su arte. Ó por ligereza de espíritu, ó por haber escrito de joven sus comedias, le faltó aquel superior concepto de la vida, que en los grandes maestros del género, en Terencio, en Ruiz de Alarcón, en Molière, en Moratín, da á la comedia una elevación moral y poética, una trascendencia humana, que de ningún modo ha de confundirse con la intención pedagógica ni con la moral casera. En Gorostiza son triviales las moralidades, figurones sin consistencia los caracteres, y la acción tan pobre, que en un repertorio tan reducido, no más que de cinco piezas originales, ha encontrado el autor modo de repetir cuatro veces el mismo recurso dramático, que es por cierto de los más artificiales y contrarios á la verosimilitud, el de introducir una comedia dentro de otra, haciendo que varios personajes se pongan de acuerdo para dar una broma ó una saludable lección al protagonista. Todo esto quiere decir que en el teatro de Gorostiza lo cómico no brota directamente de la realidad, observada con paciencia y con amor, y transformada en materia poética, conforme á las peculiares leyes de la lógica artística; sino que el autor lo crea y produce de un modo arbitrario y exterior, para arrancar la risa de un momento. De aquí la exageración caricaturesca en unos personajes, como la romántica de *Contigo pan y cebolla*, que es más bien una loca de atar, ó la ruin familia en que ha caído *Don Dieguito*, la cual familia, no sólo es ruin y bellaca, sino que comete la necedad de hacer alarde de ello ante quien

menos debiera por su particular interés; y la falta de estudio y solidez en otros que podían ser germen de verdaderos caracteres cómicos, como el D. Severo de *Indulgencia para todos*, cuya severidad é intolerancia nos consta porque los demás lo dicen, pero no porque el autor se tome el trabajo de razonarla ni explicarla más que con el vago motivo de lo mucho que admiraba las virtudes estoicas de griegos y romanos. La única comedia de Gorostiza en que hay un carácter bien estudiado y una intriga cómica natural y bien desenvuelta, es *El Fugador*, pero lo mejor que tiene esta comedia no es de Gorostiza sino de Regnard, como el imitador lealmente confiesa en la portada de la edición madrileña, y sólo puede concedérsele el mérito muy secundario de haber simplificado la comedia francesa y haberla adaptado á nuestras costumbres nacionales.

La comedia clásica ó moratiniana, cultivada por Gorostiza, no tuvo en México ningún imitador de cuenta. Túvolos, en cambio, el drama caballeresco y romántico, cuando ya definitivamente había triunfado en la Península por el esfuerzo de tan grandes ingenios como el Duque de Rivas, García Gutiérrez y Hartzenbusch. Con esta influencia se combinó la del romanticismo lírico, y de uno y otro fueron intérpretes dos ingenios de no vulgares dotes, aunque hoy un poco decaídos de la estimación que en su tiempo lograron: Fernando Calderón é Ignacio Rodríguez Galván. La razón del fracaso de la tentativa de estos ingenios, no tanto consistió en su endeblez ó falta de numen, puesto que los dos, y especialmente Galván, eran notables poetas, cuanto en la errada dirección que siguieron, asimilándose del programa romántico, no la parte eterna é indiscutible, que es

la emancipación de las formas artísticas, sino las condiciones técnicas más exteriores, y precisamente aquellas que menos cuadraban á la índole de la poesía americana. Entre los varios y complejos impulsos que coadyuvaron á la gran evolución literaria que llamamos *romanticismo*, fueron los dos predominantes, el subjetivismo ó individualismo lírico, y el sentimiento arqueológico é histórico, dirigido con preferencia á las costumbres, recuerdos y monumentos de la Edad Media. El primero podía ser trasplantado sin dificultad á América, y lo fué en efecto, si bien los románticos americanos, con la excepción muy brillante de algún colombiano y de algún argentino, cayeron en una imitación todavía más servil y más estéril que lo había sido la de los llamados *clásicos*. Habían cambiado los modelos: no eran ya Horacio ni Quintana, pero eran Byron, Víctor Hugo, Espronceda, Zorrilla, y aun Tassara y Bermúdez de Castro, con la desventaja en los imitadores románticos de ser mucho menos cuidadosos de la pureza de dicción y del buen orden y concierto en las ideas que los *clásicos*, cómo gente que tomaba por inspiración el desorden, por bizarria la incorrección gramatical, por muy profundas las cosas á medio decir, y por rasgos de *genio* desbordado las más incoherentes extravagancias. Esto se entiende por lo tocante á muchos poetas de Cuba y de la América del Sur, pues en los dos principales representantes del romanticismo mexicano hay templanza relativa, buen gusto en la dicción, respeto habitual á la gramática, y si Fernando Calderón peca es más bien por debilidad y penuria de inspiración que por el exceso real ó simulado de ella, ni por la exuberancia y viciosa lozanía de la forma.

El otro elemento romántico, el de la poesía histórica, el arte novelesco y legendario de Walter Scott, de Víctor Hugo en *Nuestra Señora*, del Duque de Rivas y de Zorrilla, era enteramente inadecuado á la poesía americana, y fué gran temeridad y error querer introducirle en pueblos niños, cuyos más antiguos recuerdos históricos no pasaban de trescientos años; porque claro está que las tradiciones y los símbolos de los aztecas y de los incas tan exóticos son para la mayor parte de los americanos como para nosotros, y las vicisitudes de sus antiguas monarquías sólo pueden interesarles en aquel pequeño grado de curiosidad que interesan á los franceses las hazañas de los antiguos galos, ó á nosotros los españoles, las de los celtas é iberos, que en remotísimas edades poblaron nuestro suelo. La literatura americana es literatura colonial, literatura de criollos; no es obra de indios ni de descendientes de indios; si alguno ha habido, y si alguno hay á la hora presente, entre sus cultivadores, que tenga ese origen más ó menos puro, la educación y la lengua le han españolizado y le han hecho entrar en el orden espiritual de las sociedades europeas. Nadie piensa ni puede pensar como indio entre los que manejan la pluma y han recibido una educación liberal, cuyos principios esenciales son los mismos en todas las naciones que forman la gran confederación moral llamada *Cristiandad*, separada por inmensos abismos de cualquier género de barbarie asiática, africana ó americana prehistórica. La misma simpatía con que hoy se mira á las razas indígenas y se execra la atrocidad de los que las destruyeron, los mismos principios morales que, más ó menos exagerados y desquiciados, suelen guiar á los cantores de Moctezuma y de Guatimo-

zín, son principios de caridad cristiana y de humanidad filosófica, de todo punto incompatibles con *civilizaciones* que tenían por una de sus bases los sacrificios humanos. Sin negar, por lo tanto, que la circunstancia de ocupar los mismos territorios, de convivir en algunas partes con los restos de la población indígena, y aun de haberse mezclado más ó menos con ella, pueden hacer más interesantes estos asuntos para los americanos que para los europeos, todavía han de reconocer que cuando los tratan lo hacen con entusiasmo menos sincero que el que sintió Ercilla delante de los Araucanos, y con el propósito puramente literario y pintoresco de un Chateaubriand, por ejemplo, en *Atala* y en *Los Natchez*.

Los recuerdos del descubrimiento y de la conquista, tan interesantes y poéticos en sí, tan aptos para causar maravilla y extrañeza, tampoco podían servir de base á una poesía arqueológico-romántica, por demasiado históricos y demasiado cercanos. La realidad conocida aquí hasta en sus menores detalles y consignada prolijamente en tantas crónicas y relaciones originales, parece que corta el vuelo á las invenciones de la fantasía, que tiene más bien por natural dominio las edades misteriosas y crepusculares, cuyo sentido se alcanza más por intuición poética que por prueba documental. Ni el drama, ni la epopeya, ni la novela, parecen formas adecuadas para trasladar lo que con mucha más intensidad de vida habla á la imaginación en las páginas de Gonzalo Fernández de Oviedo, de Bernal Díaz del Castillo ó del inca Garcilaso. La poesía de la conquista española y de la resistencia bárbara, ni aun en manos de un gran poeta que tenía además la ventaja de haber ejecutado con la espada lo mismo que contaba con la pluma, pudo